

Los mensajeros

Martín del Rosario



Capítulo 1

Se despertó tumbado sobre la arena sin recordar nada de la noche anterior. No reconocía aquellos pagos en absoluto, ni sabía cómo había acabado allí. De pie frente a él se hallaba una botella plástica con quinientos mililitros de agua, y esa era su única compañía, además del sol, que resplandecía y resultaba ardiente al rozar la piel. Deben hacer cuarenta grados (como mínimo), pensó. Qué extraño... ¿No estamos en pleno invierno?

Sin embargo, el invierno se encontraba a miles de kilómetros de distancia, y en el desierto no había reparo contra nuestra estrella. Tenía la boca tan seca como aparentaba ser aquel lugar, y decidió beber algo del agua. Dio un trago, y luego otro, y otro más. Al dirigir la botella de nuevo hacia su boca, dispuesto a dar el cuarto sorbo, se detuvo. Le quedaba entonces menos de la mitad. Supuso que mejor sería guardarla.

Caminó hacia alguna parte, deseando conducirse hacia algún lugar donde pudiese pedir ayuda, cuanto menos información sobre su paradero. Intentó con todas sus fuerzas recordar la noche anterior, pero no pudo. Lo último que rememoraba era estar en la puerta de la oficina, despidiendo a sus compañeros para emprender el retorno a casa. Ese hecho había ocurrido, aproximadamente, a las veinte del... ¿día anterior? Luego todo se hundía en un espeso manto de niebla.

¡El celular!, se dijo.

No lo llevaba consigo.

Seguía con la misma ropa que había dejado la oficina. Quizá todo se tratara de algún mal chiste de sus compañeros de trabajo. Pero no, no podía ser. ¿Qué clase de broma era drogar a una persona y dejarla tirada en el medio de la nada bajo un sol asesino? Además, en las cercanías de su ciudad no había ningún desierto, ¿cómo habrían hecho para conducido allí tan rápido? No, eso lo podía descartar. Entonces, ¿qué hacía en aquel sitio?

La sed lo apresó nuevamente y sorbió otro poco de agua. Claro que aún no era del todo consciente de que la misma podía escasear en un futuro no muy lejano.

Siguió caminando en línea recta lo que le pareció un millón de años luz. Se percató de que el sol estaba dañando su piel, por lo que se quitó el saco, cubrió su cabeza con él, y lo anudó con las mangas formando una especie de hiyab. En realidad, habían pasado tres horas, y la temperatura había subido sustancialmente. Sentía cómo las gotas de sudor recorrían lo

largo de su tronco, cayendo principalmente desde sus axilas.

Luego de andar un largo trecho más decidió detenerse. Se tumbó en la arena y mojó sus manos y su cara con algo de agua, la cual ya casi había desaparecido. Lo poco que quedaba lo bebió ferozmente, haciendo largos buches. Guardó la botella por si acaso en uno de sus bolsillos. Luego cerró los ojos.

Al abrirlos nuevamente ya había caído el sol. Su piel ardía como lo hacen las almas del infierno, y no tenía forma de aliviar el dolor.

Por la noche el viento se despertó, levantando toneladas de arena. Era imposible seguir la marcha en esas condiciones. Apenas podía ver lo que tenía enfrente, y la arena danzando en las penumbras restringía aún más la visión. Nuevamente, cerró los ojos.

Luz. Un iridiscente resplandor colma el total del firmamento. Los colores son vívidos, tan brillantes como ninguna cosa que haya existido antes. Es hermoso y guarda algo de misterio. Algo sobrenatural. Las luces danzan y a la vez permanecen inmóviles allí arriba. Repentinamente, el resplandor se hace más fuerte. Cada vez más. Los colores cobran más energía. Se acerca. Casi lo puede tocar. Se detuvo a escasos metros. Algo se movió entre los reflejos, como si una puerta acabara de abrirse. Entre ella se deja ver la figura de algo al otro lado, algo que se está acercando más allá de los límites de la luz... Cada vez más, y más, y...

Despertó envuelto en sudor con los rayos del sol golpeando su rostro. La noche se había extinguido, dejándolo a merced del tirano de fuego. La boca se le había secado nuevamente, pero esta vez no tenía más agua para saciar su sed. Se puso de pie y orinó sobre la arena. Estaba listo para reanudar la marcha.

Apenas recordaba el sueño que había tenido en la noche, y de todas maneras no pensó que fuera algo importante. El panorama no era muy favorable y debía preocuparse por encontrar un refugio rápidamente y, sobre todo, agua. Cambiaba todos los tesoros del mundo por un buen vaso de agua fresca. O caliente, daba igual. Caliente estaría bien de todas maneras.

Su estómago refunfuñaba, pero no había tiempo para prestarle atención; tenía que seguir. Pensó en qué bien le sentaría un pollo frito, con papas y batatas y un buen vino. O quizá podría ser un buen plato de mariscos, con calamar y almejas y langostinos. Se le hizo agua la boca.

Caminó unos cuantos kilómetros sin hallar nada más que médanos. El sol brillaba de una manera desgarradora. Tenía la piel al rojo vivo, y el dolor era insoportable. Pero, hasta ahí, ese no era el mayor de sus problemas. Dentro de todo, con la suerte de hiyab que había diseñado, se las apañaba

bastante bien para bloquear el sol de su cara durante la caminata. Aun así, estaba sudando demasiado, y ese sí era un problema mayor. Era consciente de que sin agua no podría sobrevivir mucho más, y esa idea comenzó a aturdirlo. Ni siquiera sabía dónde estaba, ni cómo había llegado allí, y se sumaba también el hecho de que estaba deshidratándose.

Sus pasos aminoraban la marcha a medida que avanzaba un poco más hacia ningún sitio. Entretanto, reflexionó sobre la cantidad de agua que se desperdiciaba en el mundo y lo bien que él podría administrarla en aquel momento. El hombre, vaya ser inconscientemente consciente. Para que dejen de malgastarla, aquellos que lo hacen, tendrían que pasar el infierno que yo estoy pasando, pensó. Una imagen vívida de su profesora de Biología de la secundaria irrumpió en su mente. «No abran la ducha cuando aún no están listos para entrar —solía decir—. De esa forma, estarían echando a perder aproximadamente quinientos litros de agua. Asegúrense de que al terminar la canilla no gotee, ya que la cantidad de agua que se desperdicia en esas condiciones es un promedio de ochenta litros. Lo mismo al lavarse las manos o cepillarse los dientes, jovencitos. No sean cómplices de aquellos que acribillan cada día a este pobre planeta. Cuando no tengan más agua, se acordarán de esta vieja loca.» Y qué razón tenía.

Recuerdos siguieron desfilando al compás de una música fúnebre. La profesora de Biología se había esfumado, y su esposa había salido a escena. Rememoró el año anterior, él y ella en su luna de miel. El mar Caribe alzándose ante sus ojos, esa inmensidad turquesa bañando la pálida arena. Habían contraído matrimonio luego de seis años de noviazgo. Y allí estaban, juntos. Al tacto, el mar resultaba cálido. Peces de bellos colores merodeaban por la costa. Un lugar de inefable belleza. Todo era perfecto. Soñado.

Volvió a la realidad. Allí no estaba el mar Caribe y tampoco su esposa. El ambiente era árido y desolado. Notó que había seguido caminando por inercia, aunque no sabía exactamente cuánto. Sin embargo, el paisaje no había cambiado en absoluto. Dunas y más dunas. El crepúsculo abría paso a las tinieblas. Las piernas le flaquearon y cayó de rodillas en la arena. Afloraron lágrimas en sus cuencas, que luego rodaron a través de sus mejillas. Había perdido las fuerzas. Aceptó que tal vez allí moriría. Cerró los ojos.

Se detiene para ver, va camino a su casa. Hipnotizado. Una gama de colores desconocidos han aparecido en la oscuridad del cielo. Como un arcoíris estelar. La noche se convierte en día. Las luces se acercan muy lentamente. Lo encandilan, pero es incapaz de dirigir la mirada hacia otro lado. Un portal acaba de abrirse entre las matices. Se percató por la luz blanca que proviene desde allí. Un ser está descendiendo. Nota su sombra. El contorno de su largo cuerpo. Tiene las piernas delgadas, así

como también los brazos. Aparenta ser calvo. Siente la necesidad de lanzarse hacia aquella criatura. De dejarse llevar. Pierde el gobierno de su mente, sin ser consciente de ello. Alza los brazos...

Una extraña sensación de levitar lo despertó repentinamente. El corazón le daba vuelcos. Estaba temblando. Las penumbras se asentaron y la temperatura había descendido. El viento volvió a levantarse, como las olas de un mar embravecido. Ojalá hubiera un mar cerca, pensó. Se sentía cansado, pese a que había dormido lo que para él habían sido varias horas. No estaba errado: fueron siete las que permaneció en continuo reposo. El cielo estaba despejado. Se podía ver cada astro del firmamento con claridad, todos radiantes y de una beldad inigualable. La luna brillaba y su resplandor iluminaba tenuemente el paisaje desolado. Intentó ponerse de pie y reanudar la marcha, pero le fue imposible. El viento fuerte lo impulsó, tirándolo en la arena. Estaba débil y hambriento, pero la sensación de sed colmaba sus ansias. Necesitaba agua, y la necesitaba urgente. Sus ojos, de manera automática, se cerraron, dejándolo caer nuevamente en el universo de los sueños.

Está sediento, luego de una larga caminata por las montañas. No sabe dónde se encuentra. Frente a él se yergue un gran manantial de agua cristalina. Comienza a quitarse la ropa hasta quedar desnudo. Corre en dirección al agua, fervientemente, como si de eso dependiera su vida. Se zambulle. Está helada, increíble y plazeramente helada. Mientras se baña bebe. Bebe como nunca. Bebe como si no hubiera bebido en días. Siente cómo el líquido acaricia su garganta y sigue su recorrido hasta llegar al estómago. Se moja el rostro una y otra vez, y continúa bebiendo. Ya no tiene sed, sólo lo hace por placer. En un abrir y cerrar de ojos, el manantial se desvanece. Ahora se encuentra desparramado en una duna, tragando arena. La sensación de sed vuelve, pero con más vigor. Comienza a gritar, lacónico. Repentinamente, el cielo se ilumina. Colores. Reflejos. Brillos. Alguien se acerca.

Despertó. Despertó y lamentó haberlo hecho. Un día más que padecer. Deseaba con todo su espíritu que se largara a llover, pero las nubes se ausentaban. De lo contrario, quería morir. La sensación de sed era ya inapelable. No tenía fuerzas para andar, pero tampoco tenía otras opciones. Se levantó como pudo. La arena que lo cubría se deslizó entre sus vestiduras. Imaginó qué bueno sería si cada grano de arena se convirtiera en una gota de agua. De esa forma, tendría millones de litros para beber. Lamentó haber echado a perder tan torpemente los quinientos mililitros con los que contaba. Tomó la botella de su bolsillo y la examinó. No quedaba ni una gota. ¿Quién había puesto esa botella allí en un principio? ¿Quién lo había depositado en ese desierto? Todo le parecía inverosímil. Un instante estaba de regreso a su casa desde el trabajo, y al otro se encontraba tirado en el medio de la nada. ¿Qué había sucedido en medio de esos dos hechos? No tenía respuesta, y eso lo ponía más

iracundo.

Pensó en su mujer, ¿cómo se tomaría la noticia? Hacía menos de un año se habían casado y creían tener todo por delante. Buscarían hijos, terminarían de pagar la casa, viajarían por el mundo y vivirían felices por siempre. Se suponía que así debía ser.

Pensó en su solitaria madre, que no podría resistir otra pérdida. Primero fue su marido por el cáncer, luego su hijo menor. Y ahora le tocaría al mayor.

Pensó en su difunto hermano, quien había muerto ahogado en el mar. Un día estaba, y al otro ya no. Qué ironía, se dijo, ambos víctimas del agua.

Caminaba arrastrando los pies, dando cortos pasos. Ya no sudaba. Tenía la piel seca. Se sentía mareado. Sus antebrazos estaban magullados por las quemaduras solares, pero ya no le dolían. Además del mareo sólo sentía cansancio. Y sed.

Recorrió unos metros más y se desvaneció. Las piernas le temblaban. Intentó ponerse de pie pero fue en vano. Ya no podía seguir en esas condiciones.

El cielo está cubierto de luces danzantes. Se encuentra a orillas de algún río en alguna ciudad del mundo. Está, pero no está: es una suerte de fantasma. Frente a sus ojos hay una gran fábrica. Parece ser un frigorífico, lo nota por la carga vacuna que trajo el camión que acaba de ingresar. Ve con claridad cómo fluye el agua contaminada a través del efluente, el cual está conectado a la industria. Se desespera. Siente sed. Mucha sed. El río se vuelve turbio. Nota cómo los peces comienzan a flotar, inertes. Grita. Exige que se detengan. Pero nadie lo escucha.

Flash.

El frigorífico y todo su entorno se desvanecen. Ahora se yergue frente a él un buque de inmensas dimensiones. Cree estar en algún punto del océano, cerca de la costa de algún lugar, que se divisa a pocos kilómetros. La nave transporta toneladas de cargamento dentro de grandes contenedores. Los colores danzan en el firmamento. Es presa de la más terrible sensación de sed. El buque comienza a despedir un espeso líquido oscuro. Petróleo. La marea negra se extiende. Ve ballenas a su alrededor. Ve una gran variedad de peces. Ve delfines. Todos muertos. No hay nada que pueda hacer para detenerlo.

Flash.

Nuevamente todo se desvanece. La escena cambia, pero las luces siguen allí arriba, expectantes. Ahora se encuentra en una especie de riachuelo,

en algún otro lugar del mundo. El agua turbia fluye, completamente contaminada. Ve asentamientos sobre la ribera. A pesar de la sed extrema que siente, piensa que sería incapaz de acercarse a aquellas aguas. Sin embargo, divisa varios niños nadando y bebiendo de ellas. No puede asimilarlo. Toneladas de basura se alzan sobre las orillas. Intuye qué futuro les espera a aquellos niños. Le parece injusto, pero no puede hacer nada para evitarlo.

Flash.

Luego de la luz blanquecina, se transporta a otro sitio. Se halla en medio de una cadena montañosa. Ante él, la cascada cae lanzando un rugido. El manantial de agua cristalina emana vitalidad. Un grupo de jóvenes está acampando a su orilla. Uno de ellos se levanta. Conduce una bolsa plástica, que contiene botellas de vidrio dentro. Parecen ser de cerveza. El hombre se dirige en dirección al agua. Se detiene unos centímetros detrás. Arquea el cuerpo y extiende su brazo. Luego tira los residuos en el agua. Uno de sus compañeros se levanta y repite la secuencia, sólo que esta vez la bolsa no está cargada de botellas. Desde su posición, no puede divisar qué hay dentro. La basura es arrojada al agua, otra vez.

Nuevamente se despertó. Creía que no iba a hacerlo. Deseaba no volver a hacerlo. Pero allí estaba, despierto. Esta vez recordaba con claridad lo que había soñado. Era extraño. Supuso que el sueño se debió a sus ansias por beber agua. Pero una vaga idea le indicaba que quizá no fuese eso. ¿Y si todo esto es una especie de enseñanza? ¿O un aviso?, se preguntaba. Pero ¿aviso de qué? O más bien, ¿aviso de quién? Y en todo caso, ¿por qué a mí? Claro que nuevamente no tenía respuestas.

Ponerse firme fue toda una odisea. Ya no tenía fuerzas. Arrastraba los pies. Cada paso le requería un enorme esfuerzo. Y al fin y al cabo, ¿para qué se esforzaba? Ya no había escapatoria. Como mucho, en esas condiciones podría avanzar otros cien metros y luego se desvanecería otra vez. Y quizá, si tenía suerte, sería la última vez. Intentando no caer en la tentación de dejarse morir, avanzó. Los cien metros que había previsto caminar no estuvieron ni cerca. A escasos quince metros cayó en la arena. Todo su cuerpo tiritaba. Cerró los ojos, esta vez consciente de ello.

Menos de una hora después se despertó. No soñó nada. El estruendo de una cascada inundaba el ambiente. Alzó la cabeza con fervor y no pudo creer lo que allí veía. A poca distancia, un gran manantial se alzaba entre las dunas. El sonido llegaba como una dulce melodía a sus oídos. Intentó ponerse de pie, pero le fue imposible, entonces se arrastró. Lo hizo con todas sus fuerzas, las pocas que le quedaban. El agua se veía muy atractiva. Era la mujer más bella ante sus ojos. No se molestó en quitarse la ropa. Simplemente, al estar cerca lo suficiente, se lanzó. El manantial no tenía profundidad, de lo contrario probablemente se hubiese ahogado, al igual que su hermano. Bebió lo que para él era el agua más sabrosa

que jamás había probado, sin darse cuenta de que en realidad era arena. Claro que allí no había más que arena. Sin embargo, a su piel el agua resultaba deliciosamente helada; la mejor medicina. El celeste del cielo había sido cubierto por hermosas luces danzantes. Una gama de colores nunca antes vista, que cada vez cobraba más energía. Se estaba acercando. Un portal de luz blanquecina se abrió a través de las matices; un resplandor aún más brillante que todos los demás. La figura de un ser comenzó a acercarse. Piernas y brazos largos, extremadamente delgados. Se hallaba a pocos metros. Mientras tanto, él no dejaba de bañarse y beber en su mar de arena. El ser se hallaba ahora delante suyo. Desvió la mirada del agua y fijó sus ojos en los de la criatura. Pocos segundos después todo se volvió negro.

Abrió los ojos y sintió cómo un escalofrío lo atravesaba. El desierto y todo lo demás habían desaparecido. Se encontraba recostado en su cama. Todo tuvo sentido entonces. Se trataba de un sueño, ¿qué más podía ser? De hecho, uno de los más extraños y reales que había tenido. Movi6 los brazos, quitándoles el resguardo de la s6bana y dejándolos al descubierto. El roce de su piel con la seda result6 sorprendentemente doloroso. Not6 un penetrante ardor en sus antebrazos. Encendi6 el velador para inspeccionarlos: las quemaduras eran impresionables. El total de sus antebrazos estaba magullado. Tambi6n parcialmente las manos. Entonces, como producto de un viento atroz en medio del desierto nocturno, el sentido qued6 enterrado en la arena. Desvi6 la mirada hacia su derecha queriendo llamar a su mujer, pero ella no se encontraba a su lado. El reloj marcaba las cuatro de la madrugada. Sali6 de la cama muy lentamente. Sentía que el cuerpo le pesaba una tonelada. Cada movimiento le infundía fuertes dolores. Se puso de pie y con ritmo suave se dirigi6 hacia la cocina. Tenía sed. Necesitaba con urgencia un vaso de agua. O tal vez dos no estarían mal.

Sentada en una de las sillas frente a la mesa se hallaba su mujer. La veía de espaldas. Pudo notar que se tomaba la cara con ambas manos, notándose aturdida. Apoyaba los codos sobre la mesa. A escasos centímetros de los mismos reposaba el cadáver de una botella de agua. El recipiente de dos litros se hallaba vacío. Arrastr6 los pies unos pasos más y ella gir6 en un movimiento tan rápido como la luz: lo había oído. De un brinco se puso en pie y corri6 en direcci6n a su esposo. Con el abrazo casi lo tumb6. Tenía la cara al rojo vivo y los ojos hinchados a causa de las evidentes lágrimas que habían estado surcando por sus mejillas.

Ambos tomaron asiento. Por un instante permanecieron en silencio. Creían saber lo que había ocurrido, por más extraño e inquietante que resultara. Ella comenz6 a hablar. Le cont6 cu6n excéntrica experiencia había atravesado. Result6 que tambi6n había estado en un desierto por días, sin agua. Le dijo que al despertar en la cama crey6 que se trataba de un sueño, y que él no se hallaba en la casa. Al ser las tres de la madrugada supo que era imposible que hubiese salido, y eso la había preocupado.

Luego sintió las quemaduras en su rostro y comprendió todo. O supuso comprender. Pero aún así la desesperaba no saber dónde se encontraba su marido. Hasta que por fin, una hora después, él apareció. Por su parte, mientras escuchaba atentamente el relato de su mujer, ya había superado los tres vasos de agua.

Sus vivencias coincidieron en muchos aspectos: el desierto, el agua, las luces. Les resultó difícil aceptar que aquello había ocurrido en verdad, pero habían sobrevivido y eso era lo que realmente importaba entonces. Verían juntos otro amanecer.

Nunca olvidaron sus días en el desierto.

No la totalidad pero sí un elevado porcentaje de la humanidad tuvo episodios similares aquella noche. Millones de casos se dieron a conocer en diferentes partes del globo, entre ellos varias celebridades y políticos. No todos habían acabado en un desierto, pero sí en otros parajes desolados del universo, donde el agua se ausentaba por completo. Algunos volvieron antes, otros después, pero todos se fueron en el mismo instante. Ninguno de ellos perdió la vida en los días que pasaron en aquellos lugares extremos. A partir de entonces, la mayoría dedicó su tiempo a difundir el mensaje que creía tener que difundir. Formaron sociedades y se unieron en una misma causa. Otros, aunque en menor cantidad, decidieron olvidar el asunto y seguir con el curso de sus vidas.

Fueron apodados por la prensa y conocidos mundialmente como «los mensajeros».